

PASEOS COLONIALES

VISIÓN DE MORELIA

Manuel Toussaint*

Un misterio rodea la fundación de la ciudad de Morelia, como la de tantas otras poblaciones coloniales: no se sabe a punto fijo la fecha en que don Antonio de Mendoza, el virrey cazador, descubrió el sitio en que propuso a Carlos V la fundación de la antigua Valladolid. Como Puebla, como Querétaro, la ciudad parece querer guardar un secreto relacionado con su origen, como para hacer más incitante su impresión en el viajero que desea poseerla. Se ha dicho que las fechas de las reales cédulas relativas a la fundación de Valladolid están alteradas y que el virrey no estuvo en Guayangareo sino en 1540; pero ¿cómo habría de proponer en 1537 la fundación de la ciudad dando toda clase de detalles acerca de un sitio que sólo tres años después había de conocer? Más que modificar la fecha de las cédulas hay que aceptar la idea de que el virrey, a quien gustaba en extremo viajar, puede haber estado antes en el fértil país de los tarascos.

Sea como fuere, lo que sabemos de cierto es que el 18 de mayo de 1541 los comisionados del virrey tomaron posesión del sitio y que, un poco más tarde, el alarife Juan Ponce hizo la traza de la ciudad. Juan Ponce parece haber sido hombre de las confianzas de don Antonio de Mendoza, pues a mediados del siglo XVI cuidaba, por comisión suya, de la traza de la ciudad de México que levantara a raíz de la conquista Alonso García Bravo.

La primera impresión que causa Morelia en el visitante es la de una grandeza inusitada. Todo ha sido hecho en proporciones señoriales, todo ha sido edificado con una bella cantera gris que da a la ciudad el aspecto de una población de Castilla la Vieja. Monumentos eternos los suyos, hechos para resistir el desgaste callado de los siglos y salir triunfadores de la prueba. Para quien conoce Oaxaca el contraste entre ambas poblaciones es muy vigoroso: Oaxaca,

*Reconocido historiador del arte, cuya obra dejó una profunda huella por todas las instituciones por donde pasó. La UNAM, Museo de San Carlos, el INAH. Miembro de El Colegio Nacional, la Academia Mexicana de la Historia y de la Lengua. En 1953 recibió el doctorado honoris causa por la UNAM. Murió dos años después, a los sesenta y cinco años de edad. Este texto se publicó en *Universidad: mensual de cultura popular*, noviembre de 1936, tomo II, núm. 10.



Foto: José Rogelio Alvarez N.

toda temerosa de terremotos parece adherirse al suelo con garra formidable y no levantar sus muros más allá de donde la prudencia medrosa lo permite. Morelia, edificada sobre una suave colina, cuyas entrañas de rocas resisten vigorosamente, parece tender a elevarse en un anhelo de ágil espiritualidad. Sus columnas son ligeras; los arcos de sus galerías nos recuerdan por su gracia y esbeltez, los patios italianos del Renacimiento. La piedra parece haber olvidado su pesantez y trata de elevarse por encima de la tierra. Por eso las torres de sus iglesias buscan las alturas; por eso las fachadas de sus templos conventuales se elevan a manera de piñón en una forma característica y peculiar de Morelia; por eso la catedral, situada en la parte más alta de la colina, erige los dos centinelas de sus torres barrocas, cuyos defectos no puede vencer su afán de ligereza y esbeltez que nos recuerda levemente las torres de la catedral compostelana en España.

Morelia conserva bastante puro su carácter de población virreinal. El afán modernizador no ha herido sus viejos muros sino en partes; tiempo es de que sus hijos y sus gobernantes se den cuenta de que, si aceptan sin medida el impulso del mal llamado progreso, descartarán su ciudad para convertirla en una población sin carácter, en que los monumentos parecen arrinconados como en la bodega de un museo, pero donde se ha perdido todo el ambiente castizo y personal, como pasa en Puebla, en Orizaba y en tantos otros lugares de nuestro México. Bien está el progreso, bien las construcciones modernas, a fines de nuestra época, pero en su sitio, sin destruir lo que existe; el verdadero progreso no puede ignorar el valor del pasado ni menos dejar de aprovecharlo; cuando tal hace, sólo es ignorancia disfrazada.

En la sacristía de la iglesia llamada de las Monjas se conserva un cuadro mural que representa el traslado de la comunidad de su antiguo convento a éste, posteriormente edificado. El cambio se verificó el día 3 de mayo de 1738, en la tarde, y el cuadro parece evocarnos toda la Valladolid colonial con su nobleza, sus mujeres, sus religiosos y sus indios. Las monjas caminan a pie con paso marcial, los rostros descubiertos, y van en parejas escoltadas por dos sacerdotes. Un grupo de indios flecheros, acaso supervivientes chichimecas, aparece en primer término. A la derecha figuras de gigantes y, delante de ellos, las trompetas y los tambores de una orquesta cuyos músicos están vestidos de rojo. Las demás comunidades religiosas de la ciudad esperan a las monjas cerca de su nuevo convento, con el patrón de cada una llevado en andas y, al final de la procesión, el Ayuntamiento lleva el palio donde va la custodia, los caballeros suntuosamente ataviados, y los maceros con sus mazas de plata.

Las damas presencian el traslado desde los balcones donde han colgado ricas tapicerías que exhiben el lujo de sus poseedores. Ellas se aparecen con extraña indumentaria pues todas, hasta las más encumbradas, se ven cubiertas con un rebozo y sobre sus faldas abultadas cuelga un delantal. Así para este acontecimiento que debe haber sido célebre en los fastos de la ciudad, toda ella toma parte en la fiesta, unos como espectadores y otros como actores en el regocijo.

Nada mejor que recorrer la población siguiendo el itinerario mismo de este desfile, para darnos cuenta de cómo estaba en aquella época Valladolid, la noble y antigua capital del reino de Michoacán.

El templo que más tarde se llamó de las Rosas, de donde salían las monjas, no es el mismo que actualmente se ve. Su convento había sido construido de 1640 a 1648 y se encontraba casi en las afueras de la ciudad, pues al vender el terreno para el actual colegio de las Rosas, la insalubridad del sitio originó que se rebajase el precio. El actual templo de las Rosas es más bello que el mismo de las Monjas: su fachada nos muestra una portada doble en que cada puerta está coronada por un muro prolongado hacia arriba, característico de los templos morelianos, como ya se ha dicho. Estos piñones están cubiertos por bellos ornatos en relieve y en el ático de las puertas se ven figuras de santos esculpidos en media talla. Entre las dos portadas se lee una inscripción que nos enseña que el templo fue dedicado en el año de 1757; había sido construido antes: de 1746 a 1756, fue destinado para colegio de Santa Rosa por el obispo Matos Coronado, y la construcción actual hecha por el obispo Elizacochea. La hermosa galería lateral, levantada para divertimento de las colegialas, es típica de esta ciudad.

Caminando por la calle que sale del frente de su templo, recorrieron las monjas la fachada del colegio de la Compañía de Jesús. Grande y solemne es esta fachada, toda construida de piedra sillar, coronada de jarrones que forman almenas y que en sus curvas denotan cierta influencia oriental; la portada es sobria, como corresponde a un colegio de severidad monástica; así es su claustro también, de elegantes arcadas de medio punto en su planta baja y con los arcos altos cerrados por muros en que se abren ventanas, lo que contribuye a darle mayor austeridad. En la esquina del edificio se levanta una esbelta torrecilla; lleva la fecha de 1582, pero fue, sin duda, puesta allí para recordar el principio de los trabajos educacionales de los jesuitas en Valladolid, puesto que el actual monumento data del siglo XVII y la misma torrecilla es característica de esa centuria: la primera piedra del edificio fue puesta en 1660 y toda la estructura nos revela el estilo barroco, pero lleno

de severidad como convenía al destino del edificio. El templo forma el límite del monumento; su fachada se prolonga en un coronamiento rematado en piñón y los adornos que lo cubren entrelázanse en forma caprichosa y entre sus curvas se distinguen dos sirenas estilizadas, cuyas cabezas nos recuerdan a los indios tarascos que figuran en los códices michoacanos.

Al llegar a esta esquina el cortejo dio vuelta a la izquierda para seguir por la antigua calle real de Valladolid, llamada más tarde Nacional y hoy Avenida Madero. La esquina que doblaba está formada por el Colegio de San Nicolás de Hidalgo, así llamado en honor al padre de la patria, que fue su rector. Su fachada moderna nada nos dice de la vieja tradición del colegio que fundara en Pátzcuaro don Vasco de Quiroga, el benemérito apóstol de Michoacán, y fuera trasladado a Valladolid en 1580. Sólo el patio, de sorprendente gracia italiana, nos conmueve. La estatua de Hidalgo armoniza bien en su centro.

Pero el cortejo seguía, imperturbable, su marcha: dejaba a sus espaldas a dos calles, el templo y convento de la Merced, fundado a principios del siglo

xvii y que para este año parece todavía se encontraba en construcción. Su templo nos muestra una fachada formada de gruesos pilastrones pesados, como de un retablo churrigueresco que hubiese salido a alinearse delante de la puerta; pero el cortejo no paró mientes en ella, continuó por su ruta. A la calle siguiente estaba la plaza principal de Valladolid, rodeada de portales por tres de sus costados y con la gran catedral en el trechos y algunas descansando sobre troncos de centro, que la divide en dos. Sobre los portales, las casas primitivas, todas de piedra, con balcones en árbol en vez de arcos de mampostería: así debieron de ver la plaza. Muchas y nobles casas subsisten en Morelia; nadie debe dejar de conocer la que ocupa el Museo michoacano, gran mansión; la que albergara la antigua cárcel de hombres, con hermosa portada; la que fuera de Morelos, el héroe máximo de nuestra historia, de cuyo nacimiento se enorgullece la vieja Valladolid hasta cambiar su nombre por el de Morelia, en un acto de suprema justicia.

La catedral no estaba concluida: faltábanle sus portadas y torres; la del lado poniente lleva la fecha de 1742 en su primer cuerpo, arriba de la base, de manera que cuando las monjas cruzaron, apenas se había iniciado la reanudación de la fábrica. No vieron la locura, poseída del vértigo, del arquitecto que lanzó hacia lo alto el desafío de sus torres.

Atravesando la plaza, una calle más hacia el sur, el convento de San Agustín pugnaba por contemplar el cortejo. Viejo edificio cuyo instituto fue fundado hacia 1550, su templo parece datar de fines del siglo xvi o principios del xvii y recuerda, en la disposición de su fachada, las de tantos otros templos agustinos repartidos en diversas zonas del país. Sólo es diversa la torre, que, en este afán de sobrepasar las alturas, se alza en un ángulo y es ya de pleno siglo xvii. El claustro, bella pieza arquitectónica, ostentaba aún en su centro la maravillosa fuente que hoy vemos abandonada en medio del patio de una sórdida casa de viviendas.

Enfrente de la catedral estaba el magnífico edificio del Seminario, hoy Palacio de Gobierno del estado de Michoacán. Verdadera construcción palaciega erigida para formar sacerdotes con sus her-



Foto: José Rogelio Álvarez N.



mosos garitones en los ángulos rematados de una manera chinesca, con su aspecto de grandiosidad y su hermosísimo patio rodeado de arcos. Sin embargo, las pobres monjas no pudieron contemplarlo a su guisa: aunque la primera piedra del edificio había sido puesta en 1732, la fábrica se interrumpió al poco tiempo y los trabajos no fueron reanudados sino de 1760 a 1770 en que fue concluido.

Siguiendo la calle que limita este palacio, se llega al magnífico convento del Carmen situado frente a una plaza que lleva su mismo nombre. El Carmen presenta construcciones de diversas épocas, pero en la portada lateral del templo se lee la fecha de 1619 que debe corresponder al conjunto de la iglesia. El claustro recuerda, por la esbeltez de sus arcos, los viejos claustros agustinianos; es sólo bajo y la ligereza de sus pilastres nos indica que también pertenece al siglo xvii. Bellas obras de arte quedan aún en este convento: algunos cuadros de Luis Juárez y la sacristía decorada con pintura popular que se abre tras una puerta delicadamente esculpida.

Entretanto el cortejo llegaba frente a la pequeña iglesia de la Cruz que algunos dicen fue la primer catedral de Valladolid: quizá en aquel tiempo presentaba algún interés; en la actualidad carece en lo absoluto de significación, pero, tomando por la calle que sale hacia el sur, se llega, después de caminar un tramo a la plaza de San Francisco, convertida en la actualidad en mercado que señorea la vieja iglesia franciscana. La fachada del templo nos sorprende por su semejanza con la de San Agustín; es quizá el único templo franciscano que se ha inspirado en esa forma para construir su portada. Mas si vemos en la parte alta la fecha de 1610 que lleva, nos explicaremos que haya podido imitar la de su colega agustiniano. Su torre no fue concluida; la capilla del Tercer Orden ha desaparecido y sólo queda una portadita que pudo haber sido de su sacristía. El viejo convento, visto por su costado nos presenta el aspecto de un palacio medieval cuyos gruesos muros apenas perforan las minúsculas puertas y las diminutas ventanas.

Si no fuera descaminarnos mucho de la ruta que sigue nuestra procesión, os llevaría más al sur a visitar el templo Capuchino, único que resta del viejo

convento. La iglesia, terminada en 1737, es típicamente moreliana: con su gran remate apiñonado prolongado hacia arriba y cubierto de ornatos en relieve, y con su torre parienta de las de la catedral y cuya demencia de altura raya en desproporción.

Paralelamente a San Francisco, camino hacia el norte, está el magnífico templo de San José en uno de cuyos ángulos tenemos una hermosa perspectiva arquitectónica. Este monumento según afirman los historiadores fue construido en 1760, de manera que sólo vieron el pobre edificio anterior, la capilla levantada en 1736.

Pero mientras hemos ido a San José, las monjas han llegado a su nuevo convento que ya para entonces estaba completamente terminado. La estructura de su iglesia es la característica de los templos conventuales de Valladolid, sus fachadas y sus puertas son dos, y con la misma disposición que en las Rosas, su cúpula esbelta, su torre como todas las morelianas parece elevar un dardo agudo en el cielo; además, está llena de remates que parecen arponcillos y rompen la silueta del chapitel que la termina. Anexo estaba el nuevo convento preparado para recibir a sus angélicas habitantes. Allí se efectuaron suntuosas ceremonias y después las monjas penetraron despidiéndose del mundo, de la Valladolid, que acababan de ver como una visión de sueño, para enterrarse por luengos años en la clausura severa de su regla.

Si nosotros continuamos por esta calle, la principal de Morelia, llegamos a una bella plaza formada por un acueducto que la bordea en forma caprichosa: es el viejo acueducto que surtía de agua a Valladolid, y cuya construcción se debe al famoso obispo fray Antonio de San Miguel, que dio principio a la obra hacia 1785, para terminarla cuatro años después. Sus arcos robustos recuerdan los viejos arcauces romanos y la perspectiva que se pone en esta parte de la ciudad es de una belleza inconfundible. Atravesando el arco principal del acueducto se encuentra una calzada formada de piedra; es la calzada de Guadalupe que termina en el santuario así designado, y en el convento de San Diego. Al sur se extiende el anchuroso y feliz bosque de San Pedro, adonde los habitantes de esta noble ciudad acuden frecuentemente en pos de reposo, salud y solaz. 